

FRANZ KAFKA: ITINERARIOS
TRANSATLÁNTICOS

ELISA MARTÍNEZ SALAZAR y JULIETA YELIN (eds.). *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013.

La existencia de un escritor y de su literatura forman parte de la historia de la recepción. La crítica tiene a ésta como una de sus tareas centrales. En el siglo XX, numerosos son los escritores que han dejado una huella profunda y constante. Este es el caso, sin lugar a dudas, de Franz Kafka (1883-1924), escritor paradigmático y universal. El autor checo ocupa un lugar de primaria importancia en la lista de renovadores de dos importantes géneros de la literatura: la novela y el cuento. Construir un mapa, una cartografía de la recepción del «universo kafkiano» en un contexto como el hispánico, ha sido uno de los objetivos de Elisa Martínez y Julieta Yelin, editoras de *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana*. El volumen tiene varios méritos, entre los cuales cabe destacar la equilibrada organización del material crítico, la reconstrucción del punto de vista histórico-cronológico de las diferentes lecturas y posiciones de la crítica ante la complejidad de la literatura kafkiana. Es una muestra de la dialéctica de la interpretación, en la cual, las ideas y los textos se completan,

se oponen, se superan y se recrean. Para activar el proceso de recepción, son importantes los espacios donde circulan las ideas y se puede decir que el entramado de la crítica kafkiana se construyó gracias a las revistas literarias. Esta realidad viajó en paralelo con la traducción de sus obras en ambas orillas del mundo hispánico, con especial énfasis en la Argentina, en un primer momento, para luego conocer una nueva fase muy vital. Según las autoras, el proceso de recepción de Kafka está caracterizado por cuatro etapas : 1) El período del descubrimiento de Kafka y las primeras traducciones al castellano (1927-1945); 2) La «canonización» del autor checo a través de las revistas literarias y de las editoriales latinoamericanas; 3) La reactivación del campo crítico español y el auge de la teoría literaria (1965-1983); y 4) Los años de relativo silencio «kafkiano» (1983-1999).

La labor de la crítica kafkiana en el mundo hispánico no se inicia en la «academia», sino en los medios de difusión como las revistas literarias, los diarios y las editoriales. Para llevar a cabo su labor, la crítica se expresa mediante la reseña, el ensayo breve y los prólogos o introducciones. Autores de reconocido prestigio, es decir, filósofos, poetas, narradores, críticos escriben sobre Kafka. Por otra parte, el inicio del proceso de recepción de Franz Kafka conoció, dentro de las cuatro fases ya mencionadas, desarrollos, interrupciones y reactivaciones. En España, la crítica inicia con Ramón María Tenreiro, al que se le debe la primera reseña dedicada al escritor checo y la publica en la

prestigiosa y orteguiana *Revista de Occidente* en 1927. Tenreiro, periodista cultural y traductor del alemán, pone en resalto algunos elementos característicos de la obra de Kafka como la psicología de los personajes, los ambientes, las atmósferas, la sátira de la burocracia de un Estado «leviatánico» y la importancia de lo «onírico», sintetizada en el binomio «sueño-pesadilla». En el mismo año, se publica otra reseña, escrita por el hispano-alemán Máximo José Kahn en *La Gaceta Literaria*, en la que el autor hace algunas reflexiones sobre la posición y la imagen social del escritor, y menciona por primera vez el concepto de «autoridad». Por otra parte, Kahn niega el simbolismo, a pesar de que afirma que *El Castillo* es una obra simbólica, dada su naturaleza «extrema». Al parecer, estas dos reseñas fundacionales de la crítica kafkiana en castellano dan algunas pautas temáticas que tendrán derecho de ciudadanía en el campo crítico.

En Argentina, ocho años después, en 1935, Jorge Luis Borges inaugura el proceso de recepción crítica en el continente americano con una reseña aparecida en el diario *La Prensa* de Buenos Aires. En ella, Borges, se remite al elemento «onírico», a la dialéctica entre sueño y pesadilla. Las especulaciones y la densidad de Borges parecen un pretexto para poner en relieve a Kafka. Los sueños kafkianos tienen «clima y traiciones de pesadilla». El escritor checo es visto como un simbolista o alegorista, pero invita al lector a leerlo «con desinterés, con puro goce trágico. Ganaremos nosotros y ganará la gloria

también». Cabe señalar que Borges siguió dedicándole espacio a Kafka en un «Prólogo a *La Metamorfosis*», publicado en 1938 y con una nota titulada «Kafka y sus precursores» de 1951. En el primero, el escritor argentino intenta colocar al escritor checo, ya sea del punto de vista biográfico que de las ideas generadas por su literatura ; en la segunda, establece las filiaciones o genealogías literarias kafkianas. El escritor Eduardo Mallea escribe una introducción a la literatura de Kafka, que fue publicada en *Sur* en 1937. El texto de Mallea es un ensayo breve que trata de aproximarse a Kafka y a su obra, dando una visión bastante abarcadora del conjunto, como una suerte de «biografía intelectual». Las reflexiones de Mallea son de largo aliento y establecen la conexión con Kierkegaard y el concepto de «melancolía». La lectura de Mallea genera también otras hipótesis interpretativas que serán utilizadas por la crítica posterior, es decir, la lucidez, la agonía, las obsesiones, por ejemplo. En México, el crítico Alberto Quintero Álvarez, en un escrito publicado por la revista *Taller* en 1939, trabaja sobre dos ejes: el elemento «sensual» de Kafka por lo que se refiere a la angustia, manifestada en su relación con el espacio y con la libertad, y los personajes. Aparece allí la visión fatalista de los personajes como náufragos carentes de libertad. Desde su exilio americano, la filósofa María Zambrano es autora de tres ensayos sobre Kafka. En el primero, publicado en la revista cubana *Espuela de Plata*, en 1941, lo adscribe la categoría de

«mártir de la miseria humana» en donde la obra kafkiana tiene una existencia propia, gracias al potencial que irradia y a la caracterización de los personajes vistos como «muecas funcionales». El segundo ensayo de Zambrano, aparecido seis años después, continúa insistiendo entre las categorías de «mártir» y «lucidez» del escritor que demuestra haber escrito una obra «laberíntica». El tercer escrito de la filósofa es bastante posterior y se centra en *El Castillo*, estudiando lo absoluto y haciéndolo encajar con la importancia de lo «onírico», de la «fatalidad», etc. Otro escritor argentino, el ensayista Ezequiel Martínez Estrada, en una nota de 1944, imprime la naturaleza «metafísica» y dramática de la obra kafkiana, concediendo un espacio a la «razón instrumental» y a la existencia de una lógica. En otro escrito de 1950, Martínez Estrada lee a Kafka en clave mítica y mágica, para conducirlo, más tarde, en 1960, hacia el judaísmo. El cubano Virgilio Piñera, en una nota aparecida en 1945, nos muestra un Kafka estrictamente literato que «da fe de la marcha del mundo» como creador de «efectos». En un capítulo de un libro dedicado a los retratos, Ramón Gómez de la Serna nos da un retrato caricaturesco y desmitificador de Kafka, pero nos damos cuenta que es un pretexto, un «divertimento» muy personal que tiene la función de poner énfasis en la importancia de la obra. El poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen, autor de una nota, recurre a la defensa de Kafka y de la obra de arte en general contra las tentaciones dogmáticas y censoras de una presunta estética

oficial. La escenografía de los objetos en la obra kafkiana es la materia de análisis en un artículo de 1957 del poeta salvadoreño Mario Hernández Aguirre, el cual ve en las puertas un elemento central y una función «trágica» porque, según él, tienen casi un poder taumatúrgico en la vida de los personajes. Octavio Paz y Margo Glantz realizan una lectura literaria y religiosa, respectivamente. Paz establece un diálogo entre la obra de Apuleyo y *La Metamorfosis*, poniendo de manifiesto el sufrimiento del mundo por parte de la «cucaracha-Samsa». Margo Glantz lleva a cabo una lectura religiosa hermanando Job a Kafka y señalando factores que impiden la existencia de la redención, a saber : la autoridad, el jerarca, Dios.

La reactivación de la crítica kafkiana se da en España y coincide con el final de la larga noche franquista. En esta fase, hay una vitalidad en la publicación de las obras de Kafka, con nuevas traducciones y con criterios más bien «orgánicos». El poeta Luis Izquierdo, en un ensayo publicado en 1977, parte de un análisis «fenomenológico» que busca recolocar ideológicamente a Kafka, lejos de la tentación hagiográfica, estableciendo tal vez una «distancia crítica» en clave individualista. Por su parte, Jordi Llovet, en un ensayo aparecido en 1979, estudia la posición del autor checo con respecto al problema de las pequeñas literaturas nacionales en el contexto «mitteleuropeo». Su hipótesis oscila entre rebatir la presunta «insularidad» de la literatura kafkiana para afirmar su colocación «transversal», reivindicando el lado «anarquista»

del escritor. El cubano Guillermo Cabrera Infante, en un artículo aparecido en el suplemento cultural dedicado al Centenario de Kafka, lo lee en función del cine, poniendo el énfasis del humor y de la metafísica de la literatura kafkiana y las tentativas de adaptarla al cine con resultados bastante desiguales. En pleno apogeo del postmodernismo, el filósofo chileno Martín Hopenhayn publica un ensayo en 1983, titulado *¿Por qué Kafka? Poder, mala conciencia y literatura*, en donde aplica la retórica postmoderna para llevar a cabo un análisis no exento de perplejidades y algunas hipótesis rescatables. La obra empieza con los lugares comunes caros al postmodernismo, es decir, la especulación sobre los conceptos de «verdad» y «lenguaje». Luego prosigue, quizás, con una hipótesis interesante, según la cual, la literatura obliga al lenguaje a convertirse en alteridad y, por consiguiente, en «discurso insurrecto». Hopenhayn crea una metáfora como la «literatura del trapecio» para subrayar su capacidad de poner al descubierto lo real. Otro filósofo, Félix de Azúa, se dedica a analizar tres novelas que, desde su punto de vista, «cambiaron el mundo»: *El Proceso*, *El Castillo* y *América*. De Azúa, lleva a cabo una operación de «redefinición» de Kafka, dejando de lado lo hagiográfico y el martirologio. Reivindica el humor corrosivo, el rigor, el universalismo kafkiano, la capacidad fabuladora de las novelas citadas y la «metáfora de la redención o de la salvación» que se hallaría, según él, en el referente americano de la tercera novela estudiada. La crítica Nora

Catelli estudia las obras autobiográficas por excelencia, es decir, los *Diarios* y la *Carta al padre* de Kafka y ve en ellas los límites de lo autobiográfico. Catelli encuentra la metáfora adecuada para definir la función del *Diario* kafkiano, es decir, «un diario medusa» que prepara, en cierto modo, una biografía jamás escrita. En cambio, la *Carta al padre*, escrita en «un estado de infancia» habría vaciado, según su opinión, el elemento autobiográfico por la exposición excesiva de hechos, dicho esto en un «sentido fotográfico». César Aira, en el «Prólogo a *La Transformación y otros relatos*», de 2003, estudia los relatos y los acerca a la novela. En su escrito, Aira se detiene en analizar elementos y aspectos como la «animalización» que, traducida al individuo se convierte en una monstruosidad ; la «argumentación jurídica» como tematización natural de la prosa kafkiana, etc. Manuel Vilas, escritor español, en una nota aparecida en el blog *Literatura*, rescata la amistad entre Brod y Kafka, haciendo un homenaje al albacea del checo. El escrito de Vilas pretende hacer retornar a Max Brod al universo de Kafka, puesto que en los últimos 30 años ha sufrido una suerte de «cuarentena». Para concluir, Martín Kohan, en «Kafka y sus lectores», introducción a *La madriguera* de 2009, parece sintetizar todo lo que la crítica ha intentado escribir en las últimas décadas. Kohan declara que Kafka fue salvado del «kafkismo» y no se ahorra la crítica demoledora contra Brod. La hipótesis quizás más interesante del escrito de Kohan es la actividad de la crítica que hace

«relecturas y deslecturas». La suya podría ser la segunda.

La literatura de Kafka sigue siendo proteica y sigue dando que hablar. La crítica ha sido pródiga con sus lecturas tan diferentes y ricas. Los resultados se han caracterizado por ser coincidentes, opuestos y complementarios. Kafka ha sido analizado desde una multiplicidad de perspectivas filosóficas, religiosas, literarias, ideológicas, postmodernas. Cada una de ellas nos ha aportado algo para poder intentar comprender una literatura tan compleja como vasta en sus significados. En eso radica su persistencia y su vigencia, como uno de los paradigmas más altos y universales que el «breve» y violento siglo XX supo legarnos.

Luis DAPELO
luis.dapelo@gmail.com